

ESTUDIOS y NOTAS

CRISTALIZACIONES POLITICAS EN LAS SOCIEDADES DESARROLLADAS Y EN VIAS DE DESARROLLO (*)

Aunque al discutir sobre la posibilidad del funcionamiento de las instituciones democráticas en las nuevas naciones del «tercer mundo» se ha hablado mucho de si tales naciones pueden incorporar con éxito los modelos políticos ya establecidos en los países desarrollados, no es posible hablar realmente de un sistema político «occidental». Han sido muchos los factores que han contribuido al surgimiento de la vasta gama de sistemas de partido existentes en las naciones desarrolladas (1). Entre estos factores cabe incluir los diferentes caminos por los que surgieron los partidos que se apoyan en el voto de masas, la variedad de condiciones bajo las cuales los partidos de base popular formaron su ideología fundamental, el si un régimen político ha derivado su autoridad de una legitimación histórica o de un populismo post-revolucionario, la medida en que las distintas naciones han resuelto las tensiones originadas por las principales cristalizaciones de poder comunes a la historia de las sociedades industriales occidentales, así como el lugar de la religión, el sufragio universal, la distribución de la renta y recursos nacionales y las variaciones en los sistemas electorales. Resulta claro que muchas de las actuales diferencias reflejan la institucionalización de bases de cristalización de la opinión en el pasado; una vez que han sido formalizadas en partidos políticos, estas cristalizaciones han sobrevivido a la atenuación o desaparición de los conflictos sociales que dieron origen a las divisiones de partido. Los partidos, como cualquier otra institución, tienden a fomentar mecanismos de auto-

* Este trabajo fué preparado dentro del plan de estudios del «Research and Training Group on Comparative Development of the Institutes of International Studies and Industrial Relations», de la Universidad de California, en Berkeley.

(1) He analizado diferentes definiciones de la democracia y los factores relacionados con los distintos sistemas políticos con algún detalle en otros escritos, y no quiero repetirme aquí. Vid. S. M. LIPSET: *Political Man* (Garden City: Doubleday, 1960), páginas 45-96; y *The First New Nation* (New York: Basic Books, 1963), págs. 207-317.

preservación. De modo necesario, buscan bases de apoyo y nuevos problemas que justifiquen su perpetuación; como ha puesto de relieve Ostrogorski, la lealtad de partido es a veces comparable a la identificación con un credo religioso (2). Cada partido conserva siempre un núcleo de miembros leales que consideran la lealtad a su partido como parte importante de su identidad.

Aunque las variaciones en los sistemas nacionales de partido se encuentran íntimamente ligadas con los factores históricos, ello no es óbice para la formación de amplias generalizaciones sobre el desarrollo de los sistemas de partido en las democracias del mundo desarrollado al objeto de su comparación con la vida política en los países del «tercer mundo». Trataremos brevemente en este artículo de algunas de las condiciones históricas cambiantes que han afectado al sistema occidental de partidos, en particular en sus períodos formativos, al objeto de indicar las diferencias más importantes entre las bases de cristalización de las democracias tradicionales y las de los nuevos países.

EL DESARROLLO DE LAS DIVISIONES DE PARTIDO OCCIDENTALES

El moderno partido político es en gran medida el resultado del sistema electoral democrático. Con anterioridad al establecimiento del sufragio había, desde luego, desacuerdos en cuanto a la forma de llevar los asuntos de gobierno. En el Estado absolutista, los desacuerdos de esta índole eran resueltos al nivel de la monarquía. A medida que estratos sociales superiores, como la nobleza terrateniente, trataban de limitar los poderes del rey, fueron surgiendo Parlamentos de diferentes clases que compartían algunos de los poderes del Estado. En estos Parlamentos se reunían hombres con intereses, avlores u origen común en facciones muy flúidas que algunos historiadores han llamado partidos. Tales grupos no contaban, sin embargo, con un programa político, su organización era escasa o inexistente y apenas se imponía ninguna disciplina a sus miembros. No buscaban la conquista del poder a través de elecciones, sino que lo conseguían arrancándolo de las otras facciones, u obteniendo el apoyo del rey. Donde existía un sistema electoral, el cuerpo de electores era normalmente muy pequeño, y sometido al control de la nobleza territorial, como fué el caso de la Gran Bretaña.

Cuando las formas de democracia electoral se impusieron en la Europa del siglo XIX, surgió una competición en la mayor parte de los países entre dos elementos, llamados generalmente liberales y conservadores. Los liberales tendían

(2) M. OSTROGORSKI: *Democracy and the Organization of Political Parties* (Nueva York: Macmillan, 1902), págs. 353-354, 434, 451, 587-588.

a favorecer las reformas democráticas y a extender en alguna medida el sufragio, muy limitado en un principio, a oponerse a la confesionalidad del Estado y al control religioso de la educación, y, por último, a atraer a sus filas a hombres que favorecían un conjunto de reformas sociales y económicas. Los conservadores tendían en un principio a oponerse a la ampliación del sufragio (aunque en algunos países mudaron de frente, viendo la posibilidad de obtener apoyo de estratos inferiores «deferenciales» que respondían a los esfuerzos *conservadores* de mejorar su condición sobre la base de *noblesse oblige*), a mantener los privilegios de la Iglesia tradicional y a obtener el apoyo de los elementos más tradicionalistas de la sociedad, como la antigua clase dominante terrateniente y la nobleza. Con un electorado limitado, a estos partidos les faltaba la suficiente cohesión. Los notables locales controlaban sus distritos electorales sin consideración a la forma en que votaban en el Parlamento, y no obstante cualesquiera consecuencias que pudieran resultar de su actuación política. Los dos partidos se subdividían en varias facciones y se formaban y volvían a formar continuamente nuevas combinaciones dentro de ellos (3).

La introducción de la clase obrera como fuerza política cambió este panorama en corto plazo. A medida que los trabajadores se organizaban en sindicatos y agrupaciones políticas legales o semilegales, las clases superiores fueron haciendo concesiones graduales a las demandas de ampliación del electorado. A veces estas concesiones se hacían ante el espectro de la revolución; otras veces se debían a la ejecución de la ideología democrática por un grupo liberal triunfante; y en muchas ocasiones, resultaban de los esfuerzos de uno u otro partido por aumentar su clientela electoral. Los conservadores en muchos países esperaban contar con los votos del campesinado religioso y tradicional (4).

La introducción del sufragio universal, cualesquiera que hayan sido las razones de su adopción, cambió, sin embargo, la naturaleza de la vida política. Las técnicas necesarias para obtener votos en un electorado de masas exigían, como ha indicado Ostrogorski, la creación de la organización de partido. De este modo, las primeras organizaciones formales de partido surgieron en las ciudades americanas. Tammany Hall en Nueva York y organizaciones similares en otras ciudades eran necesarias para la movilización de los votantes. Se

(3) MAURICE DUVERGER: *Political Parties* (Londres: Methuen, 1954), págs. XXIII-XXXVII; MAX WEBER: *Essays in Sociology* (Nueva York: Oxford University Press, 1956), págs. 100-115.

(4) En 1861, Napoleón III aconsejaba al Gobierno prusiano la introducción del sufragio universal, «mediante el cual la población rural, conservadora, excedería los votos de los liberales en las ciudades». F. MEINECKE: *Weltbürgertum und Nationalstaat* (Munich: G. R. Oldenburg, 1922), págs. 517-518; F. NAUMANN: *Die Politischen Parteien*, (Berlín-Schönberg: Buchverlag der Hilfe, 1910), págs. 16-17.

precisaban fondos en cantidades considerables, y se fué así desarrollando la política profesional, respondiendo a necesidades realmente sentidas.

En Europa, como ha señalado Max Weber, los socialistas fueron los primeros en adaptarse con éxito a la nueva situación y en crear partidos burocráticos dominados por políticos profesionales (5). Estos partidos contaban con una estructura formal elaborada, con miembros que cotizaban y con secciones locales que celebraban reuniones regulares. Establecieron periódicos de partido y crearon una red de grupos ligados al partido, como casas del pueblo, asociaciones femeninas y organizaciones juveniles. Formularon igualmente el concepto de la disciplina rígida de partido, el que los representantes elegidos eran responsables ante él y debían actuar de acuerdo con las exigencias del mismo.

La aparición de los socialistas como fuerza política en el contexto del sufragio universal alteró en gran medida la estructura de la política europea. Los partidos religiosos y agrarios basados también en el apoyo de masas se desarrollaron en algunos países, tendiendo a adoptar muchos de los procedimientos organizatorios de los socialistas. Conservadores y liberales se vieron obligados igualmente a adaptarse al nuevo fenómeno del electorado de masas adoptando procedimientos organizatorios similares en muchos aspectos a los de los partidos socialistas o los utilizados en Estados Unidos. En general, sin embargo, los partidos que se derivaron directamente de los partidos liberales y conservadores del siglo XIX, dirigidos por notables, no han obtenido resultados tan considerables en la creación de partidos con gran número de miembros como los partidos que han surgido de organizaciones de masas, marxistas o religiosos (6).

TENSIONES DE CLASE Y POLÍTICA EN EL PERÍODO FORMATIVO DE LA POLÍTICA OCCIDENTAL

Los conflictos ideológicos modernos de la sociedad industrial, tienen su origen en el problema del ajuste a la vida política de las antiguas clases altas preindustriales, la Iglesia, la ciudadanía de masas y la clase trabajadora. En los Estados Unidos, la situación de la antigua clase alta, la religión y el sufragio se determinó antes de que la clase obrera se convirtiera en fuerza significativa. En consecuencia, los obreros no tuvieron que luchar para conseguir el acceso al electorado; el derecho de sufragio universal existía con anterioridad al nacimiento de la nueva clase. En la mayor parte de Europa, por el contrario, fué

(5) WEBER: *Op. cit.*, págs. 103-104; GUENTER ROTH: *The Social Democrats in Imperial Germany* (Totowa: The Bedminster Press, 1963), 252-254.

(6) DUVERGER: *Op. cit.*, pág. 46.

necesario luchar por todas estas cuestiones. En Alemania, Austria, Hungría, Suecia y Bélgica, el sufragio universal masculino no fué concedido hasta poco antes de la primera guerra mundial, o durante la misma. La aristocracia y la misma institución monárquica conservaron importantes sectores de poder y privilegios, y las Iglesias establecidas continuaron luchando por conservar o recuperar antiguos privilegios. En los países latinos, en especial Francia e Italia, la Iglesia católica se negó, casi hasta la primera guerra mundial, a cooperar en absoluto con los Estados que habían acabado con los privilegios de la Iglesia, basándose para ello en argumentos morales. Era natural, por tanto, que la clase trabajadora se encontrase frecuentemente en guerra con la antigua derecha, la religión organizada y la burguesía.

La intensidad y duración del conflicto de clases en muchas de las naciones continentales se debió a la superposición del antagonismo económico de clase con cuestiones «morales» de índole religiosa, aristocrática o situacional. Como las cuestiones morales implican conceptos básicos de lo justo y lo injusto, existe mucha mayor probabilidad de que resulten en guerra civil, o, al menos, en agudas cristalizaciones de clase, que las cuestiones económicas. Es fácil llegar a un compromiso sobre salarios y horas o sobre política de impuestos. Llegar al compromiso con lo que se considera herejía o una amenaza básica a la manera correcta de vivir es mucho más difícil.

Al tratar de las variaciones en la conciencia de clase y el conflicto de clase entre las diferentes sociedades industriales, debemos examinar las diferencias en la dinámica de sus sistemas de «status». En general, cuanto más rígidas sean las líneas de demarcación de «status» en un país, mayor probabilidad existe de que surjan partidos de orientación específicamente clasista. Esta variación en la estructura y sus consecuencias puede demostrarse si contrastamos las historias políticas de los Estados Unidos y de Europa. Al no heredar los Estados Unidos un modelo fijo de distintos grupos de «status» procedente de un pasado feudal, el desarrollo de grupos de «status» procedente de un pasado feudal, el desarrollo de la conciencia política de la clase obrera exigió un acto de imaginación intelectual. Había que «enseñar» a los obreros americanos que eran miembros de una «clase» común y que debían unirse frente a las otras clases. En Europa, por el contrario, los obreros fueron colocados en una clase común por el sistema de valores de la sociedad total. En sentido propio, cabe decir que los obreros adquirieron una «conciencia de especie» de la misma estructura social. Los socialistas no tenían que enseñarles que constituían una clase diferente; la sociedad y las clases superiores lo hicieron por ellos.

No obstante, hay variaciones considerables en el comportamiento político de las diferentes clases de unos países europeos a otros. Los ingleses han contado con un poderoso partido laborista durante casi medio siglo, pero ha sido siem-

pre menos «radical» que la mayor parte de los partidos socialistas del Continente. Al carecer de una fase marxista y haber tenido siempre una actitud favorable hacia la religión, sólo adoptó como meta el socialismo a la terminación de la Primera Guerra Mundial. Además, el Partido Laborista no se opone a la monarquía, y sus dirigentes aceptan títulos nobiliarios y otras distinciones honoríficas de la Corona. La relativa moderación del conflicto de clases y de la política británicas se ha atribuido a diferentes factores: su nobleza asimiló a los dirigentes de las nuevas clases, primero la burguesía y luego el proletariado; su período de rápida industrialización se produjo antes de la aparición de los movimientos socialistas; y los derechos políticos (sufragio universal y libertad para constituir sindicatos) fueron concedidos con anterioridad a la constitución de organizaciones políticas y económicas por el movimiento obrero. La misma acentuación de la estructura clasista en la Gran Bretaña facilitó la formación de grupos políticos de clase que podían operar desde el comienzo para obtener «más» para sus miembros y defensores sin tener que luchar por un puesto en la sociedad política.

Para algunos estudiosos de la política alemana, la íntima relación existente en la Alemania pre-hitleriana entre grupos de «status» y clientela de partido ha sido debida al enorme peso de los *Stände* o estamentos tradicionales. «Probablemente en ningún otro país el análisis de la composición social de las organizaciones de partidos mostraría una homogeneidad igual a la que resulta de los estudios sociológicos del electorado alemán» (7). Al énfasis en las diferencias de «status» hay que atribuir el gran número de partidos de clase media y alta, representando cada cual un grupo de «status» distinto y con una ideología diferenciada.

Del mismo modo, la división entre socialistas y comunistas dentro de la clase trabajadora alemana reflejaba esta preocupación de «status». La clientela comunista procedía de los «cargadores» o elementos menos especializados del sector obrero. El movimiento socialista alemán mostró hacia este estrato inferior una hostilidad que no se encuentra en ningún otro sitio (8).

La mayor propensión al extremismo político tanto en la derecha como en la izquierda en la historia alemana, ha sido relacionada con el fuerte deseo de servir los derechos estamentales. En primer lugar, la aristocracia prusiana tra-

(7) THEODORE GEIGER: *Die Soziale Schichtung des Deutschen Volkes* (Stuttgart: Ferdinand Enke, 1932), pág. 79.

(8) Vid. ROBERT MICHELS: «Die Deutsche Sozialdemokratie I. Parteimigliedschaft und soziale Zusammensetzung», en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 26 (1906), págs. 512-513; ROBERT MICHELS: *Sozialismus und Fascismus*, I (Karlsruhe: G. Braun, 1925), págs. 78-79; ROBERT LOWIE: *Towards Understanding Germany* (Chicago: University of Chicago Press, 1954), págs. 138.

taba de mantener su control sobre las principales instituciones de la sociedad política, incluso hasta el extremo de negar a las clases medias el acceso a posiciones más importantes. Al igual que la aristocracia inglesa, buscó la nobleza el apoyo de las masas frente a la burguesía mediante la adopción de múltiples medidas de carácter social. Pero al contrario de lo que ocurría en Inglaterra, no permitió que las organizaciones obreras y sus dirigentes adquirieran la plenitud de derechos políticos. De 1878 a 1891, el socialismo fué puesto fuera de la ley como partido, y Prusia, el Estado más importante del Reich, no llegó a tener sufragio igualitario hasta la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial (9). Esta negativa a conceder a los dirigentes obreros una participación en el poder político obligó al movimiento socialista a mantener en su ideología una actitud revolucionaria.

El apoyo de la clase media alemana a los nazis puede también atribuirse a la importancia de las cuestiones de «status». Los estudios que se han dedicado a este fenómeno han considerado que su motivación se basaba en el deseo de mantener sus privilegios, amenazados por los valores universalistas incorporados en la República de Weimar y fomentados por los social-demócratas, coincidiendo con la crisis económica de los años treinta. Los nazis se ajustaban en este aspecto a las aspiraciones de la clase media.

Hay que advertir que en la Alemania occidental y meridional, donde las fronteras de «status» eran menos rígidas, las clases conservadoras habían estado dispuestas, incluso con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, a admitir el movimiento político obrerista en el cuerpo político mediante el sufragio universal, y, recíprocamente, el movimiento obrero se manifestó dispuesto a no destruir el Estado, sino que aspiraba a ser incluido dentro de él. Por contraste con Prusia, los partidos socialistas de estos Estados desarrollaron una ideología pragmática y moderada, apoyando el revisionismo de Bernstein, y contribuyendo incluso al sostenimiento de gabinetes «burgueses», mientras que los elementos más reaccionarios de la sociedad alemana se basaban en la región más feudal del país, los territorios prusianos situados más allá del Elba. En el Reichstag de 1912 sólo cuatro miembros del partido conservador fueron elegidos en distritos

(9) Había, desde luego, sufragio masculino para el Parlamento federal, pero el sistema de votación en tres cuerpos de Prusia, que discriminaba de forma muy importante contra los trabajadores, sirvió para impedir que el gran bloque socialista en el Parlamento federal pudiera ejercer mucha influencia; esto quiere decir que todavía había que luchar por la democracia política. «La Constitución federal —en palabras de Bismarck— convirtió al Gobierno federal prácticamente en un apéndice del Gabinete prusiano.» Vid. CARL LANDAUER: *European Socialism* (Berkeley: University of California Press, 1959), I, páginas 366-368.

no prusianos, y de los 51 miembros prusianos, 45 eran aristócratas procedentes de las regiones orientales caracterizadas por el predominio de los grandes terratenientes (10).

Fueron esas mismas regiones las que dieron apoyo a los enemigos de la República de Weimar. Los conservadores que siguieron siendo hostiles a la República conservaron su fuerza fundamentalmente en las mismas zonas tradicionales, al igual que ocurría antes de la guerra. Aunque los defensores aristocráticos del conservadurismo no se incorporaron al nazismo, en su conjunto, hasta 1933, los análisis de estadística electoral en los primeros años de la década de los treinta revelan que la clientela nazi procedía desproporcionadamente de los estratos menos implicados en la sociedad industrial moderna. De acuerdo con el censo de 1933, una gran mayoría de la población alemana vivía en zonas rurales o poblaciones de menos de 25.000 habitantes, y eran éstos los sitios en los que los nazis obtenían mayor apoyo por comparación con las grandes ciudades industriales. Además, cuanto mayor fuera la proporción de personal asalariado empleado en pequeños negocios, mayor era el voto nazi. «El votante nazi típico en 1932 era el protestante de clase media, que trabajaba en su propia empresa y que vivía en el campo o en una pequeña población, habiendo votado con anterioridad por un partido político centrista o regionalista, muy opuesto al poder e influencia de los grandes negocios y de los sindicatos» (11).

La presencia en el mismo país de movimientos obreros muy extremistas (como anarquismo y comunismo) y de tendencias políticas ultrarreaccionarias en las clases media y superior han sido explicadas por muchos tratadistas de ciencia política como una consecuencia de ciertos elementos peculiares de la estructura social. Schumpeter, por ejemplo, ha sostenido que la persistencia del poder e influencia social de la nobleza hasta muy avanzado el período capitalista en Gran Bretaña y Alemania, a diferencia de lo que ha ocurrido en los tres países latinos (España, Francia e Italia), ha jugado un papel importante en la disminución del antagonismo de las clases trabajadoras frente al Estado. De acuerdo con esta tesis, la aristocracia sirvió como «estrato protector» para los trabajadores, colaborando en la adopción de reformas sociales, haciéndoles así sentir que el Estado puede ser un instrumento efectivo para la mejora social. En los países en que las diferencias de «status» se mantuvieron firmes, pero donde faltaba ya una aristocracia fuerte capaz de favorecer un «socialismo Tory» anti-burgués, como ocurrió en las naciones latinas del sur, los trabajadores desarro-

(10) THEODORE SCHIEDER: *The State and Society in Our Times* (Londres: Thomas Nelson and Sons, 1962), pág. 121.

(11) S. M. LIPSET: *Political Man*, op. cit., pág. 149.

llaron una actitud negativa contra el Estado y la sociedad a medida que formulaban sus propios objetivos políticos y económicos conscientes (12).

También se ha sugerido que la política peculiarmente inestable de estas naciones se debe a factores culturales que impedían el desarrollo económico e impulsaban a las clases industriales a seguir el molde de la sociedad precapitalista y mercantilista. En palabras de Mario Einaudi:

«En los países en que el desarrollo de las clases medias se ha visto dificultado y limitado, de forma que su burguesía del siglo XX ofrece un asombroso parecido con la burguesía de la época de Luis Felipe, se aprecia una aferramiento permanente a concepciones políticas que ya han desaparecido en los países en los que «todo el mundo» pertenece a la clase media» (13).

Las clases industriales latinas mantuvieron durante un período de tiempo mayor que sus equivalentes en el norte de Europa, un sistema semifeudal, con marcado énfasis en la economía familiar y la estabilidad. En mayor medida que en las naciones industriales más adelantadas, la empresa familiar continuó desempeñando un papel económico preponderante, y mantuvo la preocupación de la época precapitalista por conservar intactas la fortuna y situación social de la familia; esto limitaba su aptitud para asumir riesgos económicos o entrar en competencia. La política de la burguesía se orientó al mantenimiento de la estabilidad de los negocios existentes, es decir, a la protección de los productores marginales (14).

La dirección empresarial en estos países conservó la misma actitud en cuanto a la autoridad sobre los obreros que había existido durante la etapa primera de industrialización, totalmente inadecuada para las relaciones de la sociedad industrial desarrollada. Consideraban normal el que los obreros mantuvieran relaciones de lealtad individualizadas hacia ellos, y se negaban a reconocerles el derecho a la negociación colectiva. En los negocios familiares de importancia relativamente modesta, no tuvo lugar el proceso de burocratización y racionalización, caracterizado por definiciones estables de derechos y deberes, división

(12) JOSEPH SCHUMPETER: *Capitalism, Socialism and Democracy* (Nueva York: Harper Torchbooks, 1962), págs. 134-139.

(13) MARIO EINAUDI: «*Social Realities*» and the Study of Political Parties.

(14) Vid. los artículos de DAVID LANDES: «French Entrepreneurship and Industrial Growth in the XIXth Century», en *Journal of Economic History*, 9 (1949), págs. 49-61; «French Business and the Business Man: A Social and Cultural Analysis», en EDWARD M. EARLE, ed., *Modern France* (Princeton: Princeton University Press, 1951); y «Observations on France: Economy, Society and Polity», en *World Politics*, 9 (1957), páginas 329-350.

del trabajo y aparición de expertos de personal o especialistas en relaciones laborales, etc. Se protestaba amargamente contra todo intento de limitar los derechos de la clase empresarial por parte del Estado o como consecuencia de la acción sindical, alegándose razones morales, como la defensa del orden social, o de la propiedad privada familiar.

Resultaba difícil a la clase obrera el constituir sindicatos legalizados y estables en estos países «semiindustrializados»; sus partidos políticos no podían conseguir ventajas estructurales de importancia. En consecuencia, los elementos más politizados o dotados de conciencia de clase dentro del proletariado, mantuvieron la actitud de reserva ante la política que caracterizó a los trabajadores durante la primera etapa de industrialización acelerada (15).

La importancia de las diferencias de clase facilitó la formación de grupos de fuerte sentido clasista. En mayor medida que en ningún otro lugar, estos movimientos se adhirieron a doctrinas revolucionarias opuestas al mantenimiento del orden social, primero al anarcosindicalismo, y luego al comunismo. Tal fue la respuesta de la clase obrera latina a su situación de «estar en la sociedad sin formar parte de ella» (16). Por otro lado, la ideología revolucionaria de las agrupaciones trabajadoras no hizo sino reforzar el miedo y hostilidad de las clases media y alta a todo intento de dar a estos grupos mayores posibilidades de alcanzar el poder en la industria o en el Estado.

Al igual que en Alemania, en Francia e Italia fueron las zonas que ofrecían un mayor parecido con otras naciones capitalistas industrializadas (por ejemplo, al contar con industrias burocratizadas en gran escala) aquéllas en las que la clase mercantil mostró una mayor comprensión hacia el movimiento sindical como parte integrante, de modo legítimo y permanente, del sistema industrial, y en las que el anarcosindicalismo alcanzó menor importancia. Con anterioridad a 1914, los socialistas eran más fuertes en las zonas industriales de Francia e Italia; las agrupaciones anarcosindicalistas contaban con mayor poder, en cambio, en aquellas zonas en que dominaban los valores particularistas de la pequeña empresa. La misma distribución de clientelas entre socialistas y comunistas se advierte en Francia entre las dos guerras. Los comunistas heredaban por lo general los bastiones del sindicalismo. Sin embargo, a partir de la Segunda Guerra Mundial, los comunistas han reemplazado a los socialistas

(15) «La lentitud en el desarrollo económico puede generar protestas profundas y de larga duración, debidas a la incapacidad para proporcionar bienestar y justicia social en proporción a las nuevas aspiraciones sociales y, además, por la ineptitud de las élites para inspirar confianza.» VAL LORWIN: «Working Class Politics and Economic Development in Western Europe», en *American Historical Review*, 63 (1958), pág. 350.

(16) Vid. BRUCE H. MILLEN: *The Political Role of Labor in Developing* (Washington: The Brookings Institution, 1963), págs. 38-39; LORWIN: *Op. cit.*, págs. 345-346.

como partido dominante de la clase obrera, alcanzando una fuerza extraordinaria en la gran industria. Esta cuestión la hemos discutido en otro lugar.

Las variaciones en la política clasista de los tres países escandinavos de mayor importancia son identificables con el ritmo de industrialización respectiva. El movimiento obrero danés ha sido siempre de los más moderados de Europa; el movimiento obrero sueco experimentó una fase de radicalización en la primera década del siglo; mientras que los izquierdistas noruegos ofrecieron su fase más revolucionaria durante y después de la Primera Guerra Mundial. El historiador noruego Edvard Bull ha elaborado la explicación más ampliamente aceptada para las variaciones entre estos países.

«Se ha fijado en una «macro» variable: *la rapidez de los cambios que la industrialización produjo*. Desarrolló una proposición general; cuanto *más lento* sea el crecimiento de la industria y mayor la mano de obra que pueda ser reclutada de comunidades urbanas ya establecidas, menos radical será la reacción de los trabajadores y la actitud de su partido; cuanto *más rápido* sea el crecimiento de la industria y mayor la proporción de su mano de obra que tenga que ser reclutada de la agricultura y la pesca, más izquierdistas serán los trabajadores y más revolucionario su partido» (17).

La historia de estos países parece confirmar la tesis de Bull. Dinamarca experimentó un desarrollo urbano y económico gradual; la industria sueca se desarrolló muy rápidamente de 1900 a 1914; mientras que Noruega alcanzó el ritmo de crecimiento más acelerado de las tres naciones entre 1905 y 1920. Se podrían obtener pruebas adicionales de otras muchas naciones en el sentido de que los períodos de dislocación de la población en gran escala ocasionada por la rápida industrialización y urbanización han provocado frecuentemente pro-

(17) Resumen de la tesis principal de EDVARD BULL: «Die Entwicklung der Arbeiterbewegung in den drei skandinavischen Ländern», *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, 10 (1922), en STEIN ROKKAN y HENRY VALEN: «Parties, Elections and Political Behaviour in the Northern Countries: A Review of Recent Research», en OTTO STAMMER, editor: *Politische Forschung* (Colonia: Westdeutscher Verlag, 1960), pág. 110; vid también págs. 107-108. Los resultados empíricos específicos del análisis de BULL se exponen con cierto detalle en WALTER GALENSON, editor: *Comparative Labor Movements* (Nueva York: Prentice-Hall, 1952), en especial en las páginas 105-120. Hemos estudiado esta cuestión en *Political Man*, op. cit., págs. 68-71. Un estudio detenido de las relaciones entre el ritmo de industrialización y la política, en mi artículo «Socialism Left and Right-East and West», *Confluence*, 7 (verano de 1958), páginas 173-192.

fundos conflictos de clase (18). Sin embargo, como ha puesto de relieve Federico Engels, tales tensiones suelen declinar cuando «la transición a la gran industria resulta más o menos completada... —y— se estabiliza la situación del trabajador (19).

Los factores que provocaron la aparición de un movimiento obrero y socialista en Bélgica con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, sirven también de demostración de los que determinaron las variaciones en la intensidad de la política europea (20). Bélgica e Inglaterra fueron las dos primeras naciones que se industrializaron en Europa; por ello, las tensiones sociales más difíciles ocasionadas por la rápida urbanización e industrialización, se produjeron con anterioridad al desarrollo del movimiento obrero moderno. Val Lorwin se expresa en estos términos al explicar la diferencia entre el movimiento belga y los movimientos francés y alemán: «La industrialización de Bélgica empezó antes, y resultó más urbana que la de Francia» (21). Estos factores no explican, sin embargo, por qué los conservadores belgas mostraron mayor inclinación a negociar con los militantes obreros, eliminando así el desarrollo del círculo vicioso surgido en otros países, en que la agresividad de una de las clases ocasionaba reacciones similares en las otras. En su exhaustivo estudio comparado del socialismo europeo, Carl Landauer ha sugerido que el conflicto fué moderado en Bélgica porque históricamente había sido menos estamental que cualquiera de sus vecinos, y que la industrialización y el capitalismo florecieron en los sitios en que los valores feudales habían mostrado mayor debilidad:

«Bélgica es un país de comerciantes, con muy poca tradición feudal, mucho menor que Alemania, Francia o la Gran Bretaña... En Bélgica es menos corriente que en otros países el que la clase alta considere parte de su honor el oponerse a las aspiraciones de los no privilegiados... Incluso menos que en Inglaterra o Francia, y, desde luego, mucho menos que en Alemania, la explotación no fué motivada por la idea de que el humilde debe ser mantenido en su lugar; en Bélgica

(18) LORWIN: *Op. cit.*, pág. 350; LIPSET: *Political Man*, *op. cit.*, págs. 70-71; MANCUR OLSON, Jr.: «Rapid Growth as a Destabilizing Force», *The Journal of Economic History*, 23 (1963), págs. 529-552.

(19) FRIEDRICH ENGELS: «Carta a Karl Kautsky», 8 de noviembre de 1884, en KARL MARX y FRIEDRICH ENGELS: *Correspondance 1846-1895* (Nueva York: International Publishers, 1946), págs. 422.

(20) «El socialismo belga ha sido desde el principio uno de los movimientos obreros más moderados». FÉLIX E. OPPENHEIM: «Belgium: Party Cleavage and Compromise», en S. NEUMANN, ed.: *Modern Political Parties* (Chicago: University of Chicago Press), página 162.

(21) LORWIN: *Op. cit.*, pág. 348.

más que en ningún otro país el deseo de reducir al obrero a salarios bajos, largo horario de trabajo y otras condiciones desfavorables, se basó en puras consideraciones económicas. El razonamiento de que una huelga prolongada, incluso en el caso de que los trabajadores resultaran vencidos, podría suponer una pesada carga desde el punto de vista económico, tenía aquí mucha mayor importancia, y fué recibido con menores reacciones de sentido contrario por parte de la burguesía y del Gobierno que en otros países industriales (22).

La situación en Finlandia puede dar un buen ejemplo de otra dimensión de las variables que afectaban el proceso político en la Europa anterior a 1914. En cierto modo, los factores que afectaron a las tensiones ideológicas en el sistema de partidos finlandeses, semejan a los que hoy operan en algunos de los nuevos países pertenecientes al «tercer mundo», y que estudiaremos más adelante. En el siglo XIX, Finlandia era un Ducado sometido al Zar de Rusia. Una reducida minoría de lengua sueca contaba con desmesurada importancia entre las clases privilegiadas. No había sufragio universal ni sindicatos. A finales del siglo XIX se constituyó un partido socialista, que recogía el descontento de la nueva clase trabajadora, y de la mucho más numerosa clase rural arrendataria de tierras. Pero, al igual que ha ocurrido después en muchos países coloniales de Asia y Africa, los socialistas extendieron su programa a las cuestiones interrelacionadas de cultura y lengua, derechos civiles e independencia nacional. Esto implicaba que, aunque el movimiento tenía que ser necesariamente revolucionario en su ideología, podía igualmente atraer a sectores muy distintos de la relativamente poco numerosa clase obrera. La obtención del sufragio universal en 1906 (después de la huelga general que afectó a la totalidad del Imperio zarista en 1905), dió a los socialistas el 40 por 100 de los escaños en el Parlamento, porcentaje mucho más elevado que el de ningún otro partido socialista europeo en aquella época. Su fuerza parlamentaria ascendió al 43 por 100 en 1910 y al 45 por 100 en 1913. En 1916 los socialistas, aún luchando por sus intereses de clase, culturales y nacionales, consiguieron una efectiva mayoría en el Parlamento. La fuerza que más adelante adquiriría el comunismo en Finlandia se debe en gran medida a la adhesión al marxismo radical que los socialistas impusieron durante el período zarista (23).

(22) LANDAUER: *Op. cit.*, pág. 479.

(23) Vid. HARRY LAIDLER: *Socialism in Thought and Action* (Nueva York: The Macmillan Co., 1927); págs. 447-450, 489-490; HEIKKI WARIS: «Finland», en ARNOLD ROSE, ed.: *The Institutions of Advanced Societies* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1958), págs. 211-214; un resumen de los estudios sobre comportamiento político finlandés en los últimos años, en PERTTI PESONEN: «Studies on Finnish Political Behavior».

A pesar de que la expresión política de las tensiones de clase europeas sufrió considerables alteraciones de 1914 a 1945, parece que hipótesis estructurales similares a las utilizadas para explicar las variaciones en el primer período, servirían también para la última fase. Los valores y modelos de comportamiento inherentes al sistema de «status», el ritmo de desarrollo industrial y urbanización, el sistema de relaciones empresario-obrero ligado a la burocratización de las empresas, y la medida en que se dan superposiciones entre las diversas fuentes de cristalización política, siguen explicando las causas de la variación en la política de clase (24).

TIPOLOGÍAS DE LOS SISTEMAS DE PARTIDO OCCIDENTALES

Es imposible localizar las determinantes de los diferentes sistemas de partido en las naciones desarrolladas democráticamente mediante una estructura analítica simple. El número de partidos existentes está en función de la complejidad e intensidad de las cristalizaciones políticas que aspiran a una representación política, y de la naturaleza del sistema electoral. Naciones como Francia, en que las tensiones derivadas de conflictos sobre la posición de la Iglesia, las relaciones entre diferentes grupos de «status», enfrentamiento de intereses económicos y orientaciones sobre la autoridad política, han persistido durante más de un siglo, ofrecen una estructura de cristalización difícil de resolver con un sistema de dos o tres partidos. A la inversa, es difícil pensar en ninguna razón por la que las divisiones entre suecos, noruegos y daneses, no puedan ser ajustadas a un sistema bipartidista, salvando el hecho de que su sistema de representación proporcional, favorece la continuidad de un cierto número de partidos separados, con raíces históricas. Este problema del número de partidos ha sido discutido con detalle en otro lugar, por lo que no es necesario insistir aquí sobre este punto (25).

De igual modo, los factores que afectan al grado de intensidad ideológica, y la medida en que las reglas del juego democrático son aceptadas por todos los actores de la comunidad política, son también demasiado complejos para que puedan ser tratados con detalle en una discusión de esta naturaleza. En gran medida, la intensidad de la cristalización y el carácter de las actitudes hacia

AUSTIN RANNEY, ed.: *Essays on the Behavioral Study of Politics* (Urbana: University of Illinois Press, 1962) págs. 217-234; análisis estadístico de la forma en que se superó la dominación sueca en cuanto clase dominante y de prestigio, en KARL DEUTSCH: *Nationalism and Social Communication* (New York: John Wiley, 1953), págs. 104-107.

(24) Vid. S. M. LIPSET: «The Changing Class Structure and Contemporary European Politics», op. cit., págs. 271-303.

(25) Vid. S. M. LIPSET: *The First New Nation*, op. cit., págs. 286-317.

el sistema democrático están asociados con la intensidad de las tensiones experimentadas por los estratos significativos. Los estratos que experimentan las tensiones de rápida industrialización y urbanización tienden a ser mucho más radicales que los ya habituados a la sociedad industrial urbana; las naciones en que los derechos democráticos para todos (sufragio universal y sindicatos) han sido insitucionalizados con anterioridad a la aparición de una clase obrera masiva, tienden a gozar de una oposición política más moderada y legalizada que aquéllas en que los derechos de sufragio y de asociación sindical encontraron oposición hasta bien avanzado el siglo actual; las naciones que tienen un nivel de vida relativamente adecuado, y un elevado ingreso «per capita» presentan tensiones menos marcadas entre las clases y, en consecuencia, menor política ideológica; los países en que se concedieron derechos políticos a las nuevas clases —primero, la burguesía, y luego el proletariado— sin necesidad de derrocamiento revolucionario de la fuente simbólica de la autoridad tradicional, la monarquía, tienden igualmente a ser más estables como grupo y menos virulentos políticamente que los restantes países.

Si pasamos a examinar ahora las fuentes de la cristalización de partidos en los países democráticos actuales, resulta aparente que las relaciones de función que han sido más capaces de generar líneas de clientela de partido son en gran medida aspectos de la estratificación, como la que se produce entre órdenes superiores e inferiores en «status», ingresos y poder, o aspectos de diferencias culturales, como las que se dan entre grupos específicos que varían ampliamente en su concepción de la naturaleza y los valores de la sociedad perfecta. El prototipo del primer tipo de cristalización lo da el partido clasista; el del segundo, el partido religioso. Las diferencias que se apoyan en la estratificación se suelen encontrar de modo predominante en las sociedades desarrolladas y estables, en las que cabe denominar, para muchos aspectos de la discusión política, como «política de los convenios colectivos», constituyendo una lucha sobre la división del total de la «tarta» económica, sobre la extensión del Estado benefactor y planificador y cuestiones similares. Los conflictos culturales o de valores profundamente arraigados son mucho más característicos de la vida política de los países en vías de desarrollo, con sociedades inestables. En estos últimos, junto a los conflictos basados en la oposición de clases, surge una división fundada en las diferencias de punto de vista con relación a instituciones que nacieron en la época premoderna, y con respecto a aquellas que fomentan o acompañan el desarrollo social y económico. Entre los ejemplos de conflictos culturales podemos señalar las controversias con respecto a la posición tradicional de la religión histórica, «status» y privilegios de los estratos sociales superiores, como la nobleza; las relaciones sociales dentro de las familias y otras instituciones que representan una forma de vida característica de una

sociedad rural relativamente estática, frente a los que aspiran a alterar estos modelos de comportamiento en beneficio de un sistema social más universalista. Muchas de las variables asociadas a posiciones sostenidas en una *Kulturkampf* no están ligadas a la estratificación, sino al encuadramiento en instituciones tradicionales o modernas y a experiencias generacionales. Por ejemplo, los campesinos religiosos pobres pueden ser conservadores, mientras que los profesionales jóvenes bien situados pueden ser radicales; el sector más joven y mejor educado puede oponerse al más viejo y menos educado. El sexo puede proporcionar igualmente una base para la diversidad cuando las disyuntivas culturales son insignificantes. El papel de la mujer en la mayor parte de las sociedades está mucho más relacionado con las instituciones religiosas que con las instituciones económicas modernas; esto se corresponde con un nivel de educación inferior al del hombre, y, en consecuencia, la mujer suele apoyar preferentemente a los partidos tradicionalistas, en lugar de los modernizantes.

Si empezamos estudiando los países desarrollados, resulta aparente que en todos ellos hay una correlación entre el grado generalmente aceptado de izquierdismo o conservadurismo de los partidos políticos, y su clientela en términos variables de estratificación. Los partidos más liberales, o de izquierdas, son apoyados en enorme proporción por personas de bajos ingresos, obreros, agricultores pobres, por los menos educados, por los miembros de grupos religiosos definidos como de bajo «status» y los identificados, en sentido peyorativo, en términos raciales o étnicos (26).

Este modelo se presenta con la mayor claridad en las cinco democracias de lengua predominantemente inglesa. En todos estos países, los factores de «status» de clase baja, como la religión católica y el reciente origen de inmigrantes, se asocian con la clientela demócrata, o con políticas laboristas o liberales. La magnitud de la correlación varía de unos países a otros, apareciendo incluso otros factores; pero es aparente que la estratificación, basada en la ocupación, ingresos, religión y origen étnico, percibidas como variables que definen el «status», ejercen gran influencia en las variaciones de clientela de partido (27).

El cuadro es algo más complejo en los diferentes sistemas de pluripartidismo de la Europa continental. En algunos de ellos, cristalizaciones que hunden sus raíces en la sociedad preindustrial de finales del XVIII y gran parte del XIX, continúan influyendo en la naturaleza de la división de partidos. Quizás el ejemplo más aleccionador lo da el nombre del partido que re-

(26) Estas afirmaciones se documentan detalladamente en S. M. LIPSET: *Political Man*, op. cit. No repetiré aquí, por tanto, las referencias.

(27) Vid. ROBERT R. ALFORD: *Party and Society. The Anglo-American Democracies* (Chicago: Rand McNally, 1963).

presenta los puntos de vista de los calvinistas ortodoxos, el partido anti-revolucionario. La Revolución a la que este partido se opone es la francesa de 1789.

A pesar de las diferencias que se aprecian de un país a otro, ofrecen estas naciones un cierto número de elementos comunes. En primer lugar, la cristalización histórica entre liberales y conservadores, o partidos religiosos, que surgió en el siglo XIX con anterioridad a la aparición del socialismo como fuerza significativa, se ha mantenido en la mayor parte de ellos. En Escandinavia esta cristalización se manifiesta en el mantenimiento de importantes partidos: liberal y conservador; en la Europa católica y en Alemania, por la existencia de partidos demócrata-cristianos y partidos liberales u otros partidos burgueses anticlericales. Todos ellos cuentan con fuertes partidos de orientación obrerista. Pero existen diferencias importantes en este punto, pues mientras que en unos el partido dominante es el social-demócrata, con una pequeña oposición comunista, en otros es el partido comunista el más importante, superando el voto socialista, como ocurre en Francia, Italia y Finlandia. En algunos de estos países, en especial en Escandinavia, existen también partidos agrarios o campesinos.

No obstante la gran diversidad de sistemas de pluripartidismo continentales, clase y religión parecen ser las fuentes preponderantes de diferencias entre los partidos. Bajos ingresos y *status* se asocian con la votación por partidos de orientación obrerista. En conjunto, cuando coexisten fuertes partidos comunista y socialista, el último obtiene la mayor parte de su clientela de entre los obreros más especializados y mejor educados, aunque hay excepciones importantes, como ocurre en el caso de Finlandia. Los comunistas parecen obtener también apoyo en los sectores desarraigados socialmente en las zonas de cambio rápido, y entre los que han estado en paro en el pasado. Los partidos religiosos obtienen su clientela en los sitios donde la religión tiene fuerza, sin consideración a factores de clase, contando así con el apoyo de pobres y ricos, aunque son desproporcionadamente fuertes entre la población rural y las mujeres. Los obreros manuales religiosos de las ciudades tienden a compartir muchos de los intereses económicos y orientaciones políticas de los obreros social-demócratas; se suelen adherir a sindicatos cristianos que colaboran estrechamente con los sindicatos socialistas. Los partidos liberales, en su conjunto, y con excepción de Escandinavia, tienden a ser relativamente pequeños —de un 7 a un 15 por 100— y a basarse en grupos anticlericales burgueses y profesionales. El liberalismo escandinavo es algo diferente. Se aproxima al viejo partido liberal inglés, y, aunque apoyado por grupos irreligiosos burgueses y profesionales, cuenta también con clientela entre los muy religiosos, equivalentes escandinavos del no-conformismo inglés, que se oponen a los conservadores en cuanto estos últimos defienden el establecimiento de la Iglesia lute-

rana. Los conservadores escandinavos, por su parte, tienden a ser el partido de las personas en mejor situación económica, tanto en las ciudades como en el campo, y de las relacionadas con la Iglesia tradicional.

Como ya se ha indicado con anterioridad, la estructura de pluralismo partidista de Escandinavia parece que se debe en gran medida a un sistema de representación proporcional, que hace posible la subsistencia de partido no socialistas. Estos podrían defender los intereses de sus electores de igual modo dentro del partido más conservador en un sistema bipartidista, si el sistema lo permitiera. La situación es algo distinta en la Europa católica y meridional. En estos países, el menor nivel de desarrollo económico, la falta de progreso en la formación de instituciones políticas legítimas y la superposición de varios conflictos procedentes del siglo XIX con respecto al *status* de las antiguas clases privilegiadas, la posición de la Iglesia y la lucha económica de clases, han resultado en una estructura de cristalización que no puede ser encajada con facilidad en una amplia estructura de cristalización bipartidista. En líneas generales, la división «normal» en estos países sería en tres partidos: uno sería un gran partido católico integrado por miembros de diferentes clases, y apoyado predominantemente por la población rural; se le opondría un gran partido socialista con base en la clase obrera urbana; por último, un partido menor de clase media, liberal, y de orientación anticlerical, habría de detentar el equilibrio de poder. Este sistema existe en Bélgica, Luxemburgo, Alemania y Austria. En Holanda el problema se complica por la presencia de tres religiones en conflicto, cada una de las cuales con su propio partido; pero si se considerara a los partidos religiosos como una unidad, el modelo holandés se aproxima al de las cuatro naciones anteriores. En Francia e Italia, por el contrario, las tensiones son claramente más intensas; tanto los sectores clericales como los sectores anticlericales de la nación han estado siempre muy divididos, por lo que los dos países ofrecen una estructura de seis partidos en vez de tres.

LOS PARTIDOS DEL TERCER MUNDO

En la etapa inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial, con el renacer del entusiasmo democrático, se extendió la creencia de que los nuevos Estados independientes de Asia y Africa, así como las «antiguas» naciones de la América latina, tenderían a desarrollar sociedades políticas democráticas con un enorme parecido con las de la Europa occidental y las democracias ultramarinas de lengua inglesa. Hoy, con el desarrollo de regímenes militares y de partido único en muchos de estos países, las antiguas ilusiones han sido reemplazadas por un pesimismo casi absoluto con respecto al potencial democrá-

tico de las nuevas naciones. Profesores, periodistas y políticos de las democracias estables han llegado ahora a la conclusión de que se equivocaron al esperar instituciones democráticas en países cuya economía y cultura no estaban aún preparadas para ajustarse a las tensiones resultantes de la lucha de partidos. Aunque sea todavía demasiado pronto para formular conclusiones definitivas sobre las sociedades políticas del «tercer mundo», resulta claro que no se justifican estos extremos de pesimismo u optimismo con respecto al futuro de la democracia. De hecho, fuera de las naciones comunistas, la mayoría de los pueblos de Asia y Sudamérica viven en sociedades democráticas, con prensa libre y partidos de oposición que operan abiertamente dentro y fuera del Parlamento. Sólo en Africa podemos decir que predominan los regímenes militares y de partido único; e incluso en este continente el Estado de mayor número de habitantes, Nigeria, con una población no muy inferior a la de la totalidad de los Estados del Africa subsahariana gobernados en su día por Inglaterra y Francia, mantiene las instituciones parlamentarias, aunque en cada una de sus tres regiones domine un partido determinado (28). En América del Sur, hay política de oposición en Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Venezuela, Colombia, Bolivia y Perú. Algunas de estas naciones no pueden, desde luego, ser consideradas como modelos de sociedades democráticas, en especial desde que el ejército ha intervenido en el pasado reciente para limitar los posibles resultados de las elecciones en Perú y Argentina. Pero es evidente que la mayor parte de los países de Sudamérica no viven bajo dictaduras. La misma conclusión es aplicable al Asia no comunista, donde los Estados que engloban la mayor parte de la población son claramente democráticos: India, Ceilán, Israel, Líbano, Turquía, Malasia, Filipinas y Japón. Desgraciadamente no cabe decir lo mismo de Birmania y de los restantes Estados musulmanes del continente asiático; pero estos últimos, aunque cuentan con muchos votos en las Naciones Unidas, tienen una población muy inferior a la de las sociedades políticas democráticas de Asia.

La considerablemente mayor diversidad cultural e histórica del «tercer mundo» con relación a la de las naciones desarrolladas, hace mucho más compleja la búsqueda de un conjunto único de factores asociados con la propensión a mantener sistemas de partidos competitivos entre las naciones menos desarro-

(28) Merece alguna consideración el fallo de la democracia en Africa. En medida importante parecería que tiene alguna relación con el hecho del tribalismo. Los Estados africanos no constituyen sociedades o naciones; en su mayoría son agrupaciones heterogéneas de tribus o naciones menores diferenciadas por su lengua o su cultura, sin lenguaje común. Antes de llegar a ser sociedades políticas democráticas, deben constituirse en «sociedades políticas». Vid. RENÉ SERVOISE: «Whither Black Africa?», en BERTRAND DE JOUVENEL, ed.: *Futuribles* (Ginebra: Droz, 1963), en especial, págs. 264-267.

lladas. Un paso en esta investigación es la prueba de la asociación entre desarrollo económico, alfabetización y la existencia de una sociedad democrática estable (29). A la larga resultan más útiles, probablemente, los intentos de localizar, e incluso medir, las consecuencias para el desarrollo político de los diferentes tipos de movilización social, del proceso en virtud del cual diversos estratos son «integrados» en el sector más numeroso y modernizante de la sociedad (30). Tales cambios pueden resultar, sin embargo, en la desintegración de la solidaridad nacional y en el fracaso de los primeros intentos de creación de una sociedad política democrática, debido a que el rápido cambio social, con los consiguientes porcentajes elevados de movilidad, producen inicialmente un desplazamiento social considerable, desajustes de *status* y descontento con las instituciones existentes. Se ha señalado que tales procesos hacen aparecer gente «disponible», que puede ser encuadrada en nuevos movimientos políticos, con frecuencia autoritarios o irresponsables. Como enseña la historia de Europa, la modernización implica «una sucesión de lo que puede ser llamado crisis de acceso, períodos que acarrear un ajuste político y social de nuevos aspirantes a poder, prestigio y *status*» (31). De este modo, las mismas tendencias que hacen posible las condiciones necesarias para el sostenimiento de una sociedad política integrada y democrática pueden destruir los esfuerzos embrionarios de tales desarrollos. Gino Germani ha llegado a sugerir que una de las condiciones para el aumento de la probabilidad de que los procesos de movilización y modernización refuercen, en vez de debilitar, las oportunidades de la democracia, «consiste en la posibilidad de que estos procesos sociales ocurran en etapas sucesivas. En otros términos, que una nación requiere tiempo y oportunidad suficientes entre los estadios de movilización —incorporación de segmentos adicionales de la población— para integrar a cada estrato dado. Esto es lo que ha ocurrido en Occidente tanto por lo que se refiere a la integración política como en cuanto a las restantes formas de participación» (32). Las hi-

(29) S. M. LIPSET: *Political Man*, op. cit., págs. 48-67; JAMES S. COLEMAN: «The Political Systems of the Developing Areas», op. cit., págs. 538-544; EVERETT HAGEN: «A Framework for Analyzing Economic and Political Change», en ROBERT ASHER, ed.: *Development of Emerging Countries* (Washington: Brooking Institute, 1962), págs. 1-8; CHARLES WOLF, Jr.: *The Political Effects of Economic Programs: Some Indicators from Latin America* (Santa Mónica: The Rand Corporation, RM-3901-ISA, febrero de 1964), páginas 19-33.

(30) Vid. KARL DEUTSCH: «Social Mobilization and Political Development», *American Political Science Review*, 55 (1961), págs. 493-514.

(31) KALMAN H. SILVERT: «Some Propositions on Chile», *American Universities Field Staff Reports Service*, West Coast South America Series, 11 (1), 1964, pág. 10.

(32) GINO GERMANI: «Social Change and Intergroup Conflicts», *ibid.*, 1963 (traducido por I. L. Horowitz), pág. 15. Vid. también GINO GERMANI: *Política y Sociedad en una época de transición* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1962).

pótesis expuestas con respecto a las variaciones en la medida o porcentaje de desarrollo económico, modernización y movilización o integración de las poblaciones, y las características especiales de las sociedades políticas del «tercer mundo» deben ser sometidas aún a rigurosa investigación comparativa (33). No se ha dedicado mucha atención a la diferenciación entre los tipos de sistemas de partido, al contrario de como ha ocurrido con respecto a las democracias occidentales. Intentar esta tarea en una etapa tan temprana de los estudios comparados sobre estas naciones, sería indudablemente prematuro, teniendo en cuenta la escasez de estudios intensos sobre sus partidos políticos (34). En este trabajo nos ocupamos a continuación de destacar algunos modelos adicionales de cristalización política y de desarrollo político en las nuevas naciones, sin aspirar a formular declaraciones definitivas sobre los factores que intervienen y sus interrelaciones.

El modelo político de la América latina es más próximo a los esquemas europeos que el de ninguna otra zona del mundo en desarrollo. Los conflictos

(33) Hay una extensa literatura teórica sobre la diferenciación de las condiciones de las sociedades políticas de las naciones subdesarrolladas con respecto a las de los países desarrollados. Hasta la fecha, sin embargo, tales trabajos no han provocado muchos estudios de investigación dirigidos a la verificación de las teorías que se sostienen. Vid., por ejemplo, GEORGE KAHIN, GUY PAKER y LUCIEN PYE: «Comparative Politics in Non-Western Countries», *American Political Science Review*, 49 (1955), págs. 1022-1041; GABRIEL ALMOND: «Comparative Political Systems», *Journal of Politics*, 18 (1956), páginas 391-409; DANKWART RUSTOW: «New Horizons for Comparative Politics», *World Politics*, 9 (1957), págs. 530-549; LUCIEN PYE, «The Non-Western Political Process», *The Journal of Politics*, 20 (1958), págs. 469-486; GABRIEL ALMOND: «Introduction: A Functional Approach to Comparative Politics», en ALMOND y COLEMAN, editores, op. cit., páginas 3-64; JAMES S. COLEMAN: «Conclusion: The Political Systems of the Developing Areas», en *Ibid.*, págs. 532-576; JOHN H. KAUTSKY: «An Essay on the Politics of Development», en KAUTSKY, editor: *Political Change in Underdeveloped Countries* (Nueva York: John Wiley, 1962), págs. 3-119; EDWARD SHILS: «Political Development in the New States», *Comparative Studies in Society and History*, 2 (1960), págs. 265-292, 379-411; ZBIGNIEW BRZENZINSKI: «The Politics of Underdevelopment», *World Politics*, 9 (1956), págs. 55-75; EDWARD SHILS: «On the Comparative Study of New States», en CLIFFORD GEERTZ, editor: *Old Societies and New States* (Nueva York: The Free Press, 1963), págs. 1-26; KALMAN SILVERT y FRANK BONILLA: «Definitions, Propositions and Hypotheses Concerning Modernism, Class and National Integration», en KALMAN SILVERT, editor: *Expectant Peoples* (Nueva York: Random House, 1964); S. N. EISENSTADT: *Essays on Sociological Aspects of Political and Economic Development* (La Haya: Mouton, 1961), págs. 9-53.

(34) Aunque se ha escrito mucho sobre estas naciones, es poco lo que se conoce en profundidad de ellas. Por ejemplo, GEORGE BLANKSTEN, con referencia a 1960, ha dicho que «sólo un partido político de la América latina ha sido objeto de un estudio monográfico de envergadura». Vid.: «The Politics of Latin America», en ALMOND y COLEMAN, editores, op. cit., pág. 479.

de partidos que se produjeron en el siglo XIX y en la primera parte del siglo XX semejan los de la Europa latina, de la que la América latina derivó la mayor parte de su cultura, religión y primeras ideologías políticas (35). Las primeras cristalizaciones surgieron principalmente entre los partidos conservadores, clericales y dominados por la clase alta rural, y los partidos liberales, anticlericales y controlados por la burguesía. Con anterioridad a la primera guerra mundial aparecieron movimientos socialistas y anarcosindicalistas en la izquierda obrera, pero no llegando a alcanzar mucha fuerza (36). En el período de entreguerras, y desde la segunda guerra mundial, por el contrario, han surgido movimientos políticos comparables a otros movimientos aparecidos en África y Asia. Estos movimientos expresan diversas formas de doctrina nacionalista y antiimperialista, oponiéndose al control de la economía por extranjeros, y tratando de favorecer un desarrollo económico rápido mediante el establecimiento de controles o propiedades estatales. El contenido ideológico de tales partidos ha sido muy variado. Entre el final de la década de los treinta y la terminación de la segunda guerra mundial, algunos de ellos, como los que apoyaron a Perón en Argentina y a Vargas en Brasil, adoptaron muchos de los puntos del fascismo y el nazismo. Se diferenciaban, sin embargo, de los movimientos fascistas europeos en que se apoyaban de modo genuino en la población obrera o campesina. Otros partidos se alineaban con los comunistas, de modo explícito o según el esquema de «compañeros de viaje». Estos últimos han sido particularmente fuertes en Chile y Brasil. Por último, otros movimientos, como el Aprismo de Haya de la Torre en Perú, la Acción Democrática de Ramón Betancourt en Venezuela y el Movimiento de Liberación Nacional de José Figueres en Costa Rica, pueden ser calificados de nacionalistas socialdemócratas, similares al partido del Congreso en la India. Ultimamente han surgido partidos demócrata-cristianos en muchas de las naciones latinoamericanas, como Chile y Venezuela, que, en general, tienden a ser defensores relativamente izquierdistas de la reforma agraria, la planificación económica y la intervención del Estado para favorecer el desarrollo económico. Los diferentes movimientos izquierdistas han obtenido mucho apoyo de los estudiantes universitarios e intelectuales, categoría social que, en los países subdesarrollados,

(35) DONALD M. DOZER: *Latin America: An Interpretive History* (Nueva York: McGraw-Hill, 1962), págs. 369-414, y en varios lugares; GEORGE N. BLANKSTEN: *Op. cit.*, páginas 481-487; H. DAVIS, editor: *Government and Politics in Latin America* (Nueva York: Ronald Press, 1958); JOHN J. JOHNSON: *Political Change in Latin America* (Stanford: Stanford University Press, 1958).

(36) MOISÉS POBLETE TRONCOSO y BEN G. BURNETT: *The Rise of the Latin American Labor Movement* (Nueva York: Bookman Associates, 1960).

incluye a un sector importante de los graduados universitarios (37). El castrismo constituye un ejemplo de movimiento victorioso basado inicialmente en los miembros jóvenes de las *élites* modernizantes (38).

Un modelo especial de izquierdismo «elitista» que ha aparecido en muchas zonas del «tercer mundo» es el apoyo militar a reformas sociales radicales, es decir, en beneficio del desarrollo económico y la modernización. En un cierto número de países, como Turquía, algunos Estados árabes y algunas naciones del Extremo Oriente, el ejército ha contribuido a la asunción de poder por políticos u oficiales izquierdistas o modernizantes. La razón del «izquierdismo» de los militares parece ser la preocupación de muchos oficiales por fortalecer el poderío y el prestigio nacional en un mundo en el que estos factores están, aparentemente, en función del grado de desarrollo económico nacional. Aunque no tiene por qué haber necesariamente un interés común a las *élites* de izquierda nacionalistas y el ejército en las regiones subdesarrolladas, en muchos de estos países, como Birmania, Pakistán, Egipto, México e Indonesia, han venido funcionando gobiernos basados en alianzas de este tipo. En los países dominados por oligarquías de mentalidad tradicional, el ejército ha representado con frecuencia el único grupo nacionalista educado e influido por el Occidente que favorece la modernización y que está en condiciones de tomar el poder y mantenerse en él (39). Hay que advertir, sin embargo, que las

(37) Como ha indicado SHILS, en los países subdesarrollados menos diferenciados socialmente, el concepto de intelectual es más amplio que en los países más adelantados. Incluye a «todas las personas con *educación moderna avanzada* y las preocupaciones y aptitudes intelectuales ordinariamente asociadas a tal educación... Los intelectuales son las personas que se han modernizado, no mediante el ingreso en el comercio o la administración modernas, sino al recibir la cultura intelectual moderna en un Colegio o Universidad». *Op. cit.*, págs. 198-199; el papel de los estudiantes como intelectuales y su política se analizan en las págs. 203-205.

(38) THEODORE DRAPER ha mostrado cómo los seguidores iniciales de Castro eran en su mayoría jóvenes cubanos de clase media y con alto nivel de educación. Señala cómo los 18 miembros del Gabinete de Castro en 1960 eran graduados universitarios, procedentes de la clase media o alta y ocupados en tareas profesionales o intelectuales. THEODORE DRAPER: *Castro's Revolution, Myths and Realities* (Nueva York: Praeger, 1962), páginas 42-43. También señala DRAPER que la lista de defensores cubanos del castrismo que fueron entrevistados por C. WRIGHT MILLS, en su intento de presentar la voz auténtica de la revolución cubana en su libro *Escucha, yanqui*, no incluía un solo obrero o campesino. «Sin excepción, sus informantes eran intelectuales y profesionales de clase media», pág. 21.

(39) HARRY BENDA incluye a los oficiales militares en la categoría de «intelectuales occidentalizados» de los nuevos países, señalando que «constituyeron en muchos casos el primer grupo que recibió educación occidental y, en consecuencia, se convirtió en un factor de modernización», lo que, muchas veces, «los aproximó bastante al socialismo dominante en las *intelligentsias* no occidentales». «Non-Western Intelligentsias as Poli-

conclusiones pesimistas de Morris Janowitz con respecto a la capacidad de los militares en tales naciones para generar los procesos necesarios para el desarrollo económico y social, una vez que han asumido el poder de modo directo, parecen estar justificadas (40).

El modelo de cristalización política que caracteriza de modo predominante a los nuevos Estados que mantienen alguna versión de la democracia política es una división entre elementos modernizantes y elementos tradicionales, que se sobrepone, y en medida importante sustituyen, al conflicto tradicional entre izquierda y derecha basado en la estratificación social que caracteriza a las sociedades políticas más antiguas y estables. En buena parte el socialismo y el comunismo son fuertes porque se asocian simbólicamente con la ideología de independencia, desarrollo económico rápido, modernización social e igualdad sustancial. Se considera al capitalismo como ligado a influencias externas, tradicionalismo y lentitud en el crecimiento. A esto se debe el que los movimientos izquierdistas obtengan considerable apoyo de la población mejor educada, que favorece la modernización. En muchos países de Asia, América latina y Africa el sector mejor educado y, simultáneamente, en mejor posición económica, es el que de modo más significativo apoya a las tendencias izquierdistas más agresivas (41). Prueba de ello es que mientras los partidos conservadores

tical Elites», en JOHN H. KAUTSKY, editor: *Op. cit.*, págs. 239-244; JOHN J. JOHNSON, editor: *The Role of the Military in Underdeveloped Countries* (Princeton: Princeton University Press, 1962); MORROE BERGER: *Military Elite and Social Change* (Princeton: Princeton University Center of International Studies, 1960); SIDNEY N. FISHER, editor: *The Military in the Middle East* (Columbus: Ohio State University Press, 1963); EDWIN LIEUWEN: *Arms and Politics in Latin America* (Nueva York: Praeger, 1960); LUCIEN PYE: «Armies in the Process of Political Modernization», *European Journal of Sociology*, 2 (1961), págs. 82-92.

(40) MORRIS JANOWITZ: *The Military in the Political Development of New States* (Chicago: University of Chicago Press, 1962). Constituye este libro un excelente estudio general de los problemas en cuestión. Para un estudio detallado de las diferentes funciones políticas que el ejército puede jugar en las sociedades políticas inestables, vid. GINO GERMANI y KALMAN SILVERT: «Politics, Social Structure and Military Intervention in Latin America», *European Journal of Sociology*, 2 (1961), págs. 62-81.

(41) El atractivo de las ideologías izquierdistas para los intelectuales y otros sectores de la *intelligentsia* formada en la Universidad en los países subdesarrollados ha sido analizado con cierto detenimiento. Vid. MORRIS WATNICK: «The Appeal of Communism to the Peoples of Underdeveloped Areas», en R. BENDIX y S. M. LIPSET, editores: *Class, Status and Power* (Glencoe: The Free Press, 1953), págs. 651-662; HUGH SETON-WATSON: «Twentieth Century Revolutions», *The Political Quarterly*, 22 (1951), págs. 251-265; JOHN H. KAUTSKY: *Op. cit.*, págs. 44-49, 106-113; EDWARD SHILS: «The Intellectual Between Tradition and Modernity: The Indian Situation», *Comparative Studies in Society and History*, Suplemento I (1961), págs. 94-108. Probablemente el estudio más de.

son respaldados por los campesinos religiosos empobrecidos y la *élite* terrateniente, la izquierda se basa de modo predominante en los miembros mejor educados de las clases burocrática y profesional urbanas; el proletariado urbano y campesino sólo se incorpora a la izquierda después de que los grupos de *élite* modernizantes se hayan dirigido a él en busca de apoyo (42). Este moledo se presenta con claridad en el Japón. Aunque este país se encontraba mucho más desarrollado que cualquier otra nación situada fuera de Europa o de los países de lengua inglesa, el Japón se ha asemejado bastante a las restantes nuevas naciones en cuanto a su política. En los años veinte, los grupos izquierdistas encontraban el máximo de apoyo entre los estudiantes y otros sectores de la *élite* (43). Los estudios de opinión pública llevados a cabo en los últimos años revelan que, después de la segunda guerra mundial, el nivel de educación está más ligado al modernismo y el izquierdismo que la situación de clase. Los estudiantes y graduados universitarios constituyen una parte desproporcionadamente grande en la clientela de las diferentes variantes del socialismo. Por otro lado, los campesinos y obreros pobres peor educados, todavía ligados a las estructuras sociales tradicionales (por ejemplo, los obreros de las numerosas fábricas y comercios pequeños, de alto sentido paternalista), apoyan al partido conservador (44).

tallado sobre la materia es el de EDWARD SHILS: «The Intellectuals in the Political Development of the New States», en JOHN H. KAUTSKY, editor: *Op. cit.*, págs. 195-234.

(42) Vid. GLAUCIO ARY DILLON SOARES: «Brazil: The Politics of Uneven Development», en S. M. LIPSET y STEIN ROKKAN, editores: *Cleavage and Consensus: Cross-National Perspectives* (Nueva York: The Free Press, en prensa).

(43) «Un... factor que contribuyó a los temores de la clase gobernante fué el que se creía que la "bolchevización" se estaba infiltrando entre los hijos de los personajes destacados, la *intelligentsia* y los estudiantes universitarios que formaban la auténtica *élite* del Japón imperial o que estaban destinados a formar parte de ella en el futuro... [Un informe policial del Ministerio del Interior decía:] "Después del Gran Terremoto [1923] los graduados de colegios e institutos, la llamada clase educada, resultaron muy propicios al bautismo en el pensamiento bolchevique... "Una situación en la que las organizaciones de obreros y campesinos eran tan débiles que no presentaban ningún problema, pero donde la *élite* y clase educada se habían "bolchevizado", constituía un fenómeno totalmente anormal según las leyes del marxismo... [L]o que no dejaba dormir a los dirigentes del Japón imperial era la "bolchevización" del Estado desde el interior más que la revolución desde abajo.» MASAO MARUYAMA: *Thought and Behavior in Modern Japanese Politics* (Londres: Oxford University Press, 1963), pág. 77.

(44) En un estudio reciente, basado en entrevistas con una muestra de 3.000 hombres japoneses, se da a conocer que el sector más radical está constituido por «los empleados especialistas profesionales. Son más partidarios de la neutralidad desnuclearizada que los asalariados y obreros especializados. Apoyan las huelgas políticas de los sindicatos con el mismo entusiasmo que los trabajadores. La mayor parte de los trabajadores de "cuello duro" favorecen y contribuyen al sostenimiento de los partidos socialistas». SOCIEDAD

Tendencias similares a las que se observan entre el Japón de antes y después de la guerra, se aprecian en otros muchos países infradesarrollados, entre estudiantes universitarios y ocupaciones que requieren niveles elevados de educación (45). De encuestas llevadas a cabo sobre las actitudes de los estudiantes en diferentes países, se acusa una tendencia a que aquellos que siguen las especialidades más modernas son más izquierdistas, mientras que los campos de estudios propios de las profesiones más antiguas, como el Derecho, tienden a favorecer el tradicionalismo. Los resultados obtenidos en estas encuestas estudiantiles no son tan definitivos como cabría esperar, en parte debido a la utilización diferencial de graduados de diferentes campos. Los que estudian materias «modernas» tienen mayores probabilidades de conseguir un empleo lucrativo después de su graduación que los especializados en disciplinas humanísticas de corte clásico. La desproporción entre las necesidades de las sociedades en desarrollo de técnicos y científicos y la preferencia de los estu-

PARA LA INVESTIGACIÓN DE LA ESTRUCTURA SOCIAL JAPONESA: «Special Traits of White-Collar Workers in Large Urban Areas», *Journal of Social and Political Ideas in Japan*, 1 (agosto de 1963), pág. 78. Un muestreo nacional llevado a cabo en 1958 revelaba una gran clientela socialista entre los grupos profesionales y directivos. Vid. Z. SUEJUNA, H. AOYAMA, C. HYASHI y K. MATSUDA: «A Study of Japanese National Character, Part II», *Annals of the Institute of Statistical Mathematics* (Tokio), Suplemento II (1961), página 54; vid. también JOJI WATANUKI: «White-Collar Workers and the Pattern of Politics in Present-Day Japan», en S. M. LIPSET y STEIN ROKKAN, editores: *Op. cit.*; ROBERT A. SCALAPINO y JUNNOSUKE MASUMI: *Parties and Politics in Contemporary Japan* (Berkeley: University of California Press, 1962), pág. 177; DOUGLAS MENDEL: *The Japanese People and Foreign Policy* (Berkeley: University of California Press, 1961), págs. 44-45, 47. Un informe detallado de muchos estudios de opinión pública japoneses, en ALLAN COLE y NAOMICHI NAKANISHI: *Japanese Opinion Polls with Socio-Political Significance 1947-1957*. Vol. I, *Political Support and Preference* (Boston: Fletcher School of Law and Diplomacy, Tufts University, 1960).

(45) Vid. KALMAN SILVERT: *The Conflict Society: Reaction and Revolution in Latin America* (Nueva Orleans: The Hauser Press, 1961), pág. 166; T. B. BOTTOMORE: *Elites and Society* (Londres: C. A. Watts, 1964), págs. 86-104. Un análisis de los resultados obtenidos de una muestra de estudiantes indios en 1951 por el Bureau of Social Science Research indica que más de un 40 por 100 de los mismos apoyaba a los partidos comunista o socialista Praha, ambos con muy poco apoyo entre el electorado general. En algunos países de Iberoamérica, como Panamá, El Salvador, Perú, Venezuela y Brasil, los grupos comunistas y castristas dominan en las elecciones a consejos estudiantiles. JOHN SCOTT señala que «un número importante de centros universitarios —con inclusión de los de Caracas, Michoacán, Lima y Santiago— están virtualmente dominados por los comunistas». *How Much Progress?* (Nueva York: Time Inc., 1963), páginas 123-125. En Africa del Norte, igualmente, los estudiantes universitarios son predominantemente izquierdistas. Vid. CLEMENT MOORE: «Student Organization in North Africa» (no publicado, 1963, Institute of International Studies, University of California, Berkeley).

diantes en algunas de ellas por los campos más tradicionales del Derecho y las humanidades, implica con frecuencia el que los últimos se encuentren en número importante entre los «educados en paro» o con sueldos muy bajos (46). La inadecuación de sus estudios universitarios para forjarse un porvenir puede así contribuir al aumento del izquierdismo entre las personas educadas en la Universidad. En sentido amplio, sin embargo, cabe argüir, con John Kautsky, que las personas de educación universitaria constituyen un grupo dislocado socialmente en los Estados subdesarrollados:

«El papel fundamental de los intelectuales en la política de los países subdesarrollados se debe en gran medida a su situación paradójica de ser un producto de la modernización antes de que la modernización haya prendido o se haya extendido en su propio país. En las Universidades, los intelectuales absorben el conocimiento profesional y la especialización requerida por una civilización industrial; se convierten en estudiantes de humanidades y ciencias sociales, calificados para enseñar en Universidades, haciéndose abogados y médicos, administradores y periodistas, y también, en creciente medida, científicos e ingenieros. Cuando salen de la Universidad, tanto si han estudiado en el extranjero como si no, el intelectual encuentra, con harta frecuencia para su gusto, que la especialización y conocimientos que acaba de adquirir están fuera de lugar en sus sociedades...»

«A lo largo de sus estudios, es verosímil que los intelectuales hayan adquirido algo más que nuevos conocimientos. Absorben igualmente los valores de una civilización industrial... A su vuelta encuentran que también estos valores son inadecuados para la vieja sociedad...»

«En consecuencia, en la medida en que un intelectual nativo ha sustituido los valores de su sociedad tradicional por los de la sociedad industrial —proceso que no es necesario haya sido completo en cada caso—, se convierte en un extraño, en una persona desplazada, dentro

(46) El problema de la inadecuada elección de carrera y el paro de la población educada es objeto de estudio en JUSTUS M. VAN DER KROEF: «Asian Education and Unemployment: The Continuing Crisis», *Comparative Education Review*, 7 (1963), págs. 173-180; vid. también JOSEPH FISCHER: «The University Student in South and Southeast Asia», *Minerva*, 2 (1963), págs. 39-53. Sobre la escasa remuneración económica de los graduados universitarios indios, vid. EDWARD SHILS: «The Intellectual Between Tradition and Modernity», *op. cit.*, págs. 29-41.

de su propia sociedad. ¿Hay nada más natural que el que desee cambiar esa sociedad para que se ajuste a sus nuevas necesidades y valores, es decir, para su modernización e industrialización?» (47).

La política de las naciones en vías de desarrollo debe ser vista, pues, en términos del sociólogo japonés Joji Watanuki, como reflejo de una cristalización de «política cultural». Con este término se quiere decir «la política en que la cristalización causada por diferencias en los sistemas de valores tiene mayor influencia sobre la naturaleza del conflicto político que la cristalización basada en factores económicos o de *status*». Aunque Watanuki no niega «la actuación de intereses económicos o intereses de *status*», sostiene que en países orientados hacia un desarrollo rápido, como Japón, se advierte «un dominio relativo de cristalizaciones culturales o de valor, de superposición de esta cristalización sobre otras...» (48). De igual modo dos especialistas de política comparada latino-americana, Kalman Silvert y Frank Bonilla, han sostenido la tesis de que en las primeras fases de modernización o desarrollo del «tercer mundo» hay que esperar «alianzas ideológicas muy amplias: todos los situados en el campo de la innovación frente a los que se colocan contra ella» (49). Como observa Watanuki, la «política cultural» se presenta normalmente como *Weltanschauung*, es decir, en términos ideológicos totalizadores; todos los problemas son «fácilmente universalizados como aspectos de principios generales, y las reacciones son altamente emocionales... sugiriendo en ocasiones la existencia de una base más profunda para los conflictos de intereses que la que en realidad existe».

Hay que señalar que ninguno de los que han comentado la política de las naciones en vías de desarrollo como reflejo de cristalizaciones de valor, ha sugerido la ausencia de conflictos políticos ligados a la diferencia de clases (50). Todos ellos advierten que los partidos izquierdistas *de masas* obtienen su apoyo, necesariamente, del proletariado urbano o de sectores empobrecidos de la población rural. Incluso el movimiento castrista, originado entre graduados uni-

(47) KAUTSKY: *Op. cit.*, págs. 46-47.

(48) WATANUKI: *Op. cit.*

(49) «Definitions, Propositions and Hypotheses Concerning Modernism, Class, and National Integration», SILVERT, ed.: *Op. cit.*

(50) En Japón resulta claro que, aunque los estudiantes universitarios, profesionales jóvenes, dirigentes industriales y la mayoría de los intelectuales apoyan a los socialistas, los hombres de negocios japoneses, en la grande y pequeña industria, apoyan a los conservadores liberal-demócratas. La casi totalidad de las sumas aportadas a las campañas electorales por los hombres de negocios japoneses van a estos últimos, mientras que los sindicatos constituyen el apoyo financiero de los partidos socialistas. Vid. JAMES R. SOKUP: «Comparative Political Finance: Japan», *Journal of Politics*, 25 (1963), págs. 737-756.

versitarios y que obtuvo mucho apoyo de los defensores de la modernización en las relativamente bien situadas clases media y alta, fué capaz de conseguir extraordinario apoyo de la población pobre y no educada una vez que se adueñó del poder (51).

Estas diferencias dentro de las nuevas naciones tienen paralelo, desde luego, en el pasado, y en alguna medida en el presente, de los países desarrollados, en la forma de *Kulturkampf* sobre el lugar de la religión, que hemos abordado antes. En la Europa decimonónica, muchos de los grupos burgueses bien situados y de alto nivel de educación apoyaron a partidos izquierdistas anticlericales. Los partidos liberales tienen su origen en esta cristalización. Las profesiones científicas modernas, como la medicina, tendían a apoyar a la izquierda, mientras que las profesiones arraigadas en la tradición, como la abogacía, eran predominantemente conservadoras. Los profesores y maestros de escuelas laicas se inclinaban hacia la izquierda anticlerical. Hasta nuestros mismos días, estas diferencias influyen en el comportamiento político de naciones como Francia e Italia. Los partidos de izquierda, aunque basados de modo predominante en los estratos inferiores, obtienen parte de su apoyo de los sectores históricamente anticlericales (modernizados) de la clase media (52).

Pero aunque la división modernizante-tradicional contribuye en forma importante al apoyo que la izquierda radical obtiene de los grupos de élite privilegiados en las nuevas naciones, es también cierto que las condiciones en las cuales se intenta la democracia política en estos Estados produce un fuerte apoyo de los estratos inferiores a la izquierda, haciendo así muy difícil a los partidos conservadores el encontrar bases de apoyo significantes. Esto se debe, en parte, a que la gran mayoría de la población de tales países vive en condiciones miserables. Pero no es sólo la pobreza la que origina descontento. En la Europa del siglo XIX, los partidos conservadores, dirigidos por miembros de las clases privilegiadas, obtenían apoyo de las clases pobres urbanas y rurales debido al peso de la legitimidad tradicional y su identificación con la cumbre de un sistema establecido que jugaba a su favor. Los grupos pobres, al igual que los restantes, habían sido imbuídos en la aceptación del antiguo orden institucional. Hablando en términos sencillos, la gente no se resuelve con facilidad a cambiar opiniones o lealtades mantenidas durante mucho tiempo. Fué así como los grupos izquierdistas, las escuelas modernizantes y otros sectores que favorecían el cambio durante el siglo XIX hallaron que parte importante de los

(51) MAURICE ZEITLIN: *The Cuban Revolution: An Attempt at Understanding its Causes, Course and Effects* (tesis doctoral en Sociología, Universidad de California, 1964).

(52) Esta continuidad es estudiada en S. M. LIPSET y MILDRED SCHWARTZ: *The Politics of Professionals*, en H. N. VOLLMER y D. L. MILLS, editores: *Professionalization: A Reader in Occupational Change* (Englewood-Cliffs: Prentice-Hall, en prensa).

estratos inferiores rehusaba el apoyo a estos nuevos movimientos. Conservadores como Bismarck y Disraeli trataron de mantener este apoyo en forma consciente, siguiendo una política deliberada de *noblesse oblige*, favoreciendo la adopción de diferentes medidas de índole social, que habrían de mejorar el nivel de vida de las clases más pobres. En estas condiciones, los partidos izquierdistas o innovadores sólo consiguieron llegar a ser rivales serios en la lucha por los puestos políticos después de una larga y ardua batalla por la clientela.

Los mecanismos de la sociedad estratificada que sirven para asegurar la aceptación por la clase baja de los valores del sistema, ayudan así al mantenimiento de la fuerza relativa de los partidos conservadores e izquierdistas. El izquierdismo apela a los intereses de los estratos inferiores más numerosos, pero el «voto diferencial» da a los conservadores un importante sector del electorado pobre (Japón, Tailandia, Irán y Etiopía, monarquías que nunca fueron colonias, parecen mantener una gran población «diferencial»).

En muchas de las nuevas naciones, sin embargo, no es posible sostener la presunción de que las clases inferiores entran a formar parte de la sociedad política mostrando aún deferencias hacia las instituciones y valores tradicionales, o hacia las clases privilegiadas (53). Muchas de las situaciones de elevado *status* se asocian al odiado imperialismo extranjero, y a instituciones sociales que sectores importantes de las *élites* modernizantes consideran responsables de la perpetuación de la inferioridad nacional. Ocurre así que los partidos conservadores, apoyados por los hombres de negocios y la *élite* rural, se encuentran con que les falta la legitimidad tradicional o un voto «deferencial» significativo para obtener el poder (54). Izquierdismo y nacionalismo son frecuentemente

(53) Uganda es un caso interesante de continuidad de los mecanismos tradicionales de autoridad. Uganda contiene dentro de sí una gran monarquía africana, Uganda, que permaneció políticamente autónoma y unida bajo su monarquía hereditaria durante la dominación británica. En consecuencia, como ha indicado APTER, Uganda fué uno de los pocos Estados africanos cuya población mantuvo esa «extraordinaria devoción al rey, cuya autoridad jerárquica representa lo que WEBER llama carisma hereditario». Vid. DAVID APTER: *The Political Kingdom in Uganda* (Princeton: Princeton University Press, 1961), página 457.

(54) La debilidad del conservadurismo político en las nuevas naciones no implica, desde luego, que las actitudes tradicionales con respecto a otros aspectos del comportamiento sean también débiles. Un excelente estudio indio establece en detalle cómo los mismos campesinos que votan por la modernización, e incluso los políticos radicales, suelen estar profundamente ligados a los viejos métodos de su vida comunal, y se resisten a toda innovación en las prácticas agrícolas. Vid. KUSUM NAIR: *Blossoms in the Dust* (Nueva York: Praeger, 1962). La distinción entre actitudes tradicionales y modernas se puede hacer en forma analítica, pero en la práctica los individuos y los grupos variarán considerablemente en cuanto a la adopción de actitudes que pueden parecer totalmente contradictorias. Vid. al respecto, KALMAN H. SILVERT: «National Values, Develop-

identificados con la nación y la *élite* modernizante. Los estratos inferiores, en la medida en que tengan conciencia política, pueden con facilidad ser atraídos a un izquierdismo radical identificado con los símbolos de la independencia nacional.

En un contexto como el que se ha expuesto, en el que un gran sector de la *élite* sostiene los objetivos ideológicos de la izquierda, y una gran mayoría de la población está sumida en la pobreza, hay pocas oportunidades para la existencia de partidos conservadores que representen a la *élite* tradicional, o que defiendan el cambio gradual en vez de una transformación rápida como alternativa electoral. Pero, como ya hemos dicho en otro sitio:

«Aunque los grupos conservadores carecen en la mayor parte de estos países de la relación con los valores históricos nacionales con que cuentan en otras naciones, hay al menos una institución tradicional que pueden identificar y cuya utilidad tradicional parece que emplean: la religión. Los revolucionarios nacional-izquierdistas, en su deseo de rehacer su sociedad, consideran con frecuencia a la religión tradicional como uno de los mayores obstáculos; las actitudes y valores que son disfuncionales para sus esfuerzos de modernización de las distintas instituciones son usualmente asociadas a las antiguas creencias y hábitos religiosos. Los intentos por parte de los dirigentes de los nuevos Estados en desafiar estas creencias y hábitos sirven para colocarles en conflicto con las autoridades religiosas...»

«La más ligera observación de la vida política de las nuevas naciones basta para que nos demos cuenta de que en muchas de ellas la religión ha constituido la base de los partidos conservadores...» (55).

En la América latina, por ejemplo, el tradicionalismo ligado a la religión proporciona el principal sostén de los partidos conservadores, en particular en las zonas rurales relativamente inalteradas (56). En cierto número de países

ment, and Leaders and Followers», *International Social Science Journal*, 15 (1963), páginas 560-570.

(55) S. M. LIPSET: *The First New Nation*, op. cit., págs. 78-79; vid. también páginas 74-90, en las que se discuten los factores que debilitan la fuerza potencial de los partidos conservadores en los nuevos Estados.

(56) Vid. SOARES: *Op. cit.*, donde se hace un análisis de la forma en que el alfabetismo, «la apatía, la religión y los valores tradicionales... inmunizan y esterilizan a los campesinos [del empobrecido nordeste brasileño] frente a las organizaciones de clase y el germen de rebelión ideológica». Los análisis de preferencias electorales en Chile que se obtienen de las encuestas efectuadas, revelan que la adhesión al catolicismo

musulmanes, como Turquía, Marruecos, Pakistán e Indonesia, los partidos ligados a la religión han sido capaces de obtener considerable apoyo a la hora de celebrar elecciones. Del mismo modo, en la India, la religión hindú da hoy la base de clientela de un partido conservador, el Jana Sangh. Con pocas excepciones, sin embargo, el tradicionalismo vinculado a la religión no parece ser lo suficientemente fuerte para proporcionar a los partidos de oposición el suficiente apoyo de masas necesario para constituir una alternativa viable a los movimientos radicales modernizantes.

CONCLUSIONES

Las diferencias en las bases de cristalización de partidos y de cristalización ideológica entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado tienen más interés que el académico para el estudiante de política comparada. El hecho de que una sección considerable de la *élite* en embrión (estudiantes) y de la *élite* efectiva del «tercer mundo» se adhiera a ideologías izquierdistas, mientras que las *élites* de educación universitaria de los países desarrollados se inclinen por doctrinas conservadoras o de reforma moderada, dificulta a comprensión y comunicación mutuas. En las sociedades occidentales desarrolladas, los partidos son cada vez más agencias de «negociación colectiva», representando las demandas en conflicto de los diferentes grupos y estratos. En los nuevos países, los partidos, en especial los izquierdistas o nacionalistas —y en muchos de estos países todos los partidos responden a esta caracterización—, no se consideran representantes de grupos determinados que aspiran a una porción mayor de la «tarta nacional», sino que, por el contrario, se consideran portadores de los programas e ideologías más adecuados para la efectiva movilización de la sociedad en un esfuerzo masivo de desarrollo económico. En las naciones desarrolladas, el marxismo y el socialismo son las ideologías de los peor situados, y a ellas se oponen, naturalmente, los sectores privilegiados. En las naciones subdesarrolladas estas ideologías sirven como *slogans* para legitimar los esfuerzos de determinados estratos de *élite* para llegar a ser, o seguir siendo, la clase dirigente, y para exigir sacrificios e imponer duras tareas a las clases pobres, en orden a la consecución del Estado económicamente fuerte (57).

es el principal factor de decisión electoral. Vid. RUTH ANN PITTS: *Political Socialization and Political Change in Santiago de Chile* (tesina en Sociología, Universidad de California, 1963); BRUNHILDE VÉLEZ: *Women's Political Behavior in Chile* (tesina en Sociología, Universidad de California, 1964).

(57) Como ha indicado DAVID APTER, las *élites* de las sociedades que se desarrollan rápidamente necesitan un mito político que vincule a ellos las masas que sufren como

Debe quedar bien claro que los intentos de formar generalizaciones con respecto a la relación entre determinados grados de situación social y papeles y el comportamiento político, en términos de izquierda y derecha históricas tal como se han conocido en la Europa de los siglos XIX y XX, no están llamados a dar resultado con relación a la mayor parte del «tercer mundo» de Asia, Africa y América latina. El objeto del presente trabajo ha sido el de inaugurar un tema de discusión sobre sistemas de partidos comparados, con indicación de algunos de los factores, históricos y de otro tipo, que han influido en las bases de cristalización política. Está aún por desarrollar una teoría comprensiva de la política que tome en cuenta el comportamiento de todas las organizaciones que se llaman a sí mismas «partidos», tanto si operan en democracias estables, nuevos Estados o regímenes totalitarios (58). Entre tanto, podemos concluir que la exportación de modelos de sistemas de partidos y de ideologías que «funcionan» en las zonas industrializadas adelantadas a zonas menos desarrolladas, no es sólo mala forma de hacer ciencia social, sino que, peor, puede resultar en una política desastrosa; lo que ocurre, por ejemplo, cuando las ideologías de los no privilegiados occidentales sirven para justificar la explotación intensiva por las nuevas clases dirigentes de los mundos —acumuladores de capital— «tercero» y comunista. En vez de servir para articular y justificar las demandas de la clase trabajadora, como ocurre en las naciones industrializadas occidentales, las ideologías de izquierda suelen ser aplicadas por las élites de los países en desarrollo como distraza de una cristalización de intereses básica entre gobernantes y gobernados, y para legitimar el mito político de una identidad monolítica de élites y masas. En la Europa de los siglos XIX y XX, el marxismo y el socialismo han llamado la atención de los obreros, y

consecuencia de las dislocaciones producidas por la industrialización y la modernización. La «religión política» debe significar para ellos lo mismo que la creencia religiosa supuso para los países occidentales, sostiene APTER. Vid. «Political Religion in the New Nations», en GOERTZ, editor: *Op. cit.*, págs. 57-104. El sociólogo inglés T. B. BOTTOMORE ha sugerido igualmente que «El marxismo... es el calvinismo de las revoluciones industriales del siglo XX», *op. cit.*, pág. 94.

(58) Esto no quiere decir que no consideremos posible su desarrollo. Estamos de acuerdo con la declaración programática formulada por EDWARD SHILS para el Committee for the Comparative Study of New Nations, en la que, con respecto a los intentos de estudio de la política de todas las naciones, afirma: «Nuestra tarea a este respecto consiste en descubrir las categorías dentro de las cuales quepa describir lo singular, y en donde sus diferencias con respecto a otras situaciones puedan ser presentadas en forma tal que susciten problemas significantes científicamente. La comparación ordenada es un paso necesario en el proceso de explicación sistemática...» «On the Comparative Study of the New States», *op. cit.*, pág. 15. Este artículo constituye una excelente formulación de los problemas y ambiciones de la sociología política comparada, siguiendo la herencia de MAX WEBER.

de las clases pobres en general, a la persistencia del conflicto básico sobre la distribución del beneficio económico entre estas clases pobres y quienes controlan los medios de producción; en los actuales Estados comunistas y autoritarios del mundo subdesarrollado, el marxismo y el socialismo son utilizados para afirmar que los intereses de quienes ejercen el poder y de los obreros y campesinos empobrecidos son idénticos (59). En la Europa del XIX, el marxismo justificaba la lucha por la creación de sindicatos libres con ejercicio del derecho de huelga, y por los derechos de libertad de palabra, prensa, reunión y partidos representativos en oposición; en los países comunistas actuales y en muchos de los del «tercer mundo», el marxismo es utilizado por las clases dominantes para obtener argumentos denegando todos estos derechos.

Las posibilidades de establecimiento e institucionalización de procedimientos democráticos en las naciones que hoy carecen de ellos dependen en gran medida de la aparición de cristalizaciones políticas basadas en diferencias de intereses y de valores que no den a una determinada fuerza política poder predominante. Una doctrina que niega la validez sociológica y la legitimidad política de tales diferencias una vez que el partido de los «trabajadores», o del «pueblo» ha alcanzado el poder, constituye un poderoso obstáculo para la formación de sociedades políticas democráticas. A este respecto las doctrinas marxistas, tal como son entendidas en el mundo subdesarrollado, son profundamente diferentes de las que justificaron las revoluciones burguesas en Occidente durante los siglos XVIII y XIX. Estas últimas, aunque igualmente organizadas a la sombra de ideologías universalistas e igualitarias, que servían para justificar las aspiraciones de la nueva burguesía, reconocían la validez de las diferencias de intereses, el hecho de que el pobre y el rico, las clases terrateniente y comercial, tenían intereses opuestos. La democracia exige el reconocimiento de la legitimidad del conflicto y la representación de intereses entre los diferentes grupos que integran la sociedad, sin consideración a

(59) GUY HUNTER señala cómo en Africa occidental el socialismo, tal como es definido por la élite gobernante, «incluye sobre todo la devoción a la planificación centralizada del uso de los recursos, humanos y materiales, para el bien común. La prensa del Africa occidental, tanto la inglesa como la francesa, y los discursos de sus líderes, martillean incesantemente sobre este tema de la planificación, con frecuencia por oposición al egoísmo del móvil del lucro...

»Hay poca insistencia, por el contrario, en los aspectos morales del socialismo, la diferencia entre pobres y ricos. En el Africa tropical el proceso opuesto es el que hoy se puede apreciar con claridad; los salarios y ventajas del grupo dominante y de la clase educada y profesional en su conjunto están a la altura del de los antiguos expatriados, o muy cercanos al mismo... A pesar de nuestra constante búsqueda, pocos indicios pudimos encontrar de pensamiento "socialista" en este sentido moral, con excepción de una minoría de intelectuales jóvenes en Lagos y Accra...» *The New Societies of Tropical Africa* (Londres: Oxford University Press, 1962), págs. 288-289.

la forma de organización económica. El cese de la comunicación entre los socialistas occidentales y no occidentales es el resultado de las tremendas diferencias que existen de unos a otros, causadas por la diversidad de funciones sociales y características que el socialismo ha adoptado en diferentes partes del mundo. No hay que descartar, sin embargo, la posibilidad de que el socialismo pueda reconquistar, en el mundo comunista y en el «tercer mundo», su papel histórico de ideología que defiende las aspiraciones de los estratos inferiores en cuanto a poder, *status* e ingresos. Inherente a su definición es una concepción anti-elitista e igualitaria de la sociedad. Los últimos acontecimientos en algunos de los países comunistas muestran cómo la ideología socialista ha sido utilizada para justificar la necesidad de armonizar mito y realidad, de la misma forma que en los Estados Unidos el «credo americano» ha sido empleado para defender la igualdad social (60). Los mismos conceptos sobre los que los miembros de la «nueva clase» justifican su posesión exclusiva del poder, podrán quizás servir para minar los sistemas autocráticos por ellos contruidos.

SEYMOUR M. LIPSET

(Traducción de M. MEDINA.)

RESUMÉ

Nous sommes aujourd'hui en mesure d'étudier le processus de cristallisation politique dans les sociétés développées. C'est ainsi que l'on peut observer des phénomènes semblables dans les différents Etats du monde occidental. Ces grandes lignes générales sont représentées par l'apparition de tensions de classes

(60) La Polonia comunista nos proporciona un ejemplo de que los no privilegiados no comparten los puntos de vista de la «élite socialista» con relación a las diferencias de ingresos. Una encuesta con relación al nivel adecuado de diferencias de ingresos para las distintas ocupaciones ha dado el siguiente resultado: «Hay una intensa correlación entre los ingresos de los individuos y sus puntos de vista con relación a una escala máxima de diferencias de ingresos... La encuesta muestra que los obreros fabriles, técnicos y ciertos grupos de la *intelligentsia* con sueldos bajos (maestros, empleados de Correos, funcionarios del Servicio Social, etc.) son partidarios de la igualación. Por otro lado, son opuestos a esta igualación las personas que tienen posibilidad de obtener ingresos elevados.» En los extremos, el 54 por 100 de los obreros favorecía «ingresos relativamente iguales», cosa que sólo defendía el 20 por 100 de los dirigentes de empresa. El 55 por 100 de estos últimos se oponía resueltamente a toda reducción en las diferencias de ingresos, cosa a la que sólo objetaba el 8 por 100 de los obreros manuales. Hay que advertir que tanto los no privilegiados de orientación igualitaria, como los mejor situados defensores de la desigualdad, basaban sus opiniones en «slogans tradicionales de la izquierda». Vid. S. M. LIPSET: *Political Man*, op. cit., págs. 224, 228-229.

qui vont de pair avec le développement de l'économie industrielle. Des processus démocratiques profondément enracinés dans la politique ont, cependant amorti en Angleterre et aux Etats Unis ces tensions de classe. L'adaptation à la société industrielle s'est, vue, en revanche, entravée, en France et en Italie, par des tensions d'origine féodale et par la survivance de la structure des trois états en Allemagne. La virulence du mouvement ouvrier et des partis de travailleurs déterminera, donc, directement la réaction des classes privilégiées.

Bien que ce schéma ne puisse pas être totalement appliqué aux nouvelles sociétés politiques d'Asie et d'Afrique, ni non plus à celles plus anciennes de l'Amérique latine, ces données générales permettraient de constater au départ le développement des partis politiques dans les pays en voie de développement. La désintégration de la société traditionnelle y a été profonde. Une nouvelle élite et un prolétariat urbain nouveau-né s'y réclament de l'idéologie socialiste comme instrument pour s'affranchir du système colonial. L'auteur, craint, toutefois, que cette utilisation apparente du socialisme ne cèle un jeu politique visant, en réalité, à faire de ces élites une nouvelle classe dirigeante.

S U M M A R Y

Today it is possible to study the processes of political cleavages in developed countries. In the western nations the class tensions appear simultaneously with the development of an industrial economy. In the United States and England, class tensions were lessened by democratic processes owing to the political tradition of these nations. In France and Italy, adaptation to an industrial society was impeded by tensions of feudal origin, and in Germany, by the survival of the Stände structure. The extremism of the labor movement and of the workers' parties is thus in direct relation to the reaction of the privileged classes.

Although the whole of this plan cannot be applied to the new political societies of Asia and Africa, nor to the "older" ones of Latin America, its general principles can serve as a first assessment of the evolution of political parties in developing countries. Here, the desintegration of traditional society has been profound. A new elite and a newborn urban proletariat utilize the socialist ideology as an instrument of freedom from the colonial system. Nevertheless, the author feels that this apparent utilization of socialism cloaks a political move which is really directed towards making a ruling class of the new elite.